

## LA METONIMIA EN LOS DISCURSOS INFORMATIVOS

Hernán Toro  
Profesor Titular  
Escuela de Comunicación Social  
Facultad de Artes Integradas  
Universidad del Valle  
[herntoro@univalle.edu.co](mailto:herntoro@univalle.edu.co)

La metonimia<sup>1</sup>, uno de los grandes pilares en que se sostiene el complejo y antiquísimo edificio de la Retórica, no es exclusiva, por supuesto, de los discursos de la información, ni su uso se circunscribe (lo que quizás sea menos evidente) a los discursos verbales o a aquellos con componentes verbales fuertes. Tampoco la metonimia se limita, como lo presume el sentido común, a circular en ámbitos cerrados académicos, inscrita en lenguajes especializados o en boca de retóricos pensativos o de gramáticos polvorientos<sup>2</sup>. Ya desde 1730, Du Marsais<sup>3</sup>, considerado por los estudiosos de la retórica como su primer tratadista moderno, advertía, con una frase vuelta legendaria, que “más figuras retóricas se usan en una mañana en una plaza de mercado que en una semana de discusiones en la Academia francesa”: se encuentran (y en ellas la metonimia) en la lengua (institucional) de todo el que habla, sin importar su nivel de instrucción o su cultura específica. Sí, todos, al hablar, usamos figuras retóricas aún sin saberlo, así como ese personaje de Molière “hablaba en prosa sin darse cuenta”. Las figuras retóricas son, para decirlo con pocas palabras, un componente inherente a la lengua. No podemos sino hablar con figuras pues lo contrario sería hablar literalmente, idea más delirante imposible, si la hay. La metonimia se encuentra, pues, inextricablemente integrada a la lengua, pero lo que interesa mostrar en este texto es que también es constitutiva de los lenguajes informativos, en particular del televisivo, cuyo aspecto verbal es apenas una de las dimensiones de su lenguaje complejo<sup>4</sup>. Dicho de otra manera, el discurso informativo de televisión significa con base en soportes materiales diversos, y su no reducción exclusiva a lo verbal no impide que la metonimia, asociada por lo general sólo a este aspecto, también opere de manera plena, y quizás de forma más decisiva significativamente hablando, en aquellos componentes no verbales.

El uso (consciente o inconsciente) de la metonimia en los discursos informativos se inscribe socialmente en una estrategia política, también involuntaria o deliberada, de los grupos y de las personas responsables de la información, inscritos ellos y ellas, a su turno, en un círculo más amplio de intereses y de tensiones económicos e ideológicos. En la sociedad se libra una descarnada batalla sin tregua por la representación de los acontecimientos, no sólo en cuanto a ocupar los espacios desde los cuales se puede ejercer esa representación (hablo de los medios) sino en cuanto al proyecto de legitimar como universales visiones que, por ser en realidad particulares, sólo tienen un valor restringido. El efecto de objetividad (no ser en verdad objetivas sino producir la ilusión de objetividad) que buscan estas informaciones, que supone un ajuste entre los discursos y los hechos, se apoya sobre todo en un efecto de verosimilitud de los discursos que las portan: las informaciones se consumen como si fuesen verdaderas. La verosimilitud, sin embargo, sólo tiene que ver de manera parcial con la verdad (la verdad, como se sabe, puede ser verosímil, pero, contra toda evidencia, en la mayor parte de los casos es inverosímil: veo a Copérnico levantando el rostro y mirándome), y en muchos casos representaciones falsas de la realidad parecen verdaderas gracias a los mecanismos de verosimilitud que activan los discursos de la información (y otros discursos también: el efecto de verosimilitud no es exclusivo de los discursos de la información).

La metonimia se caracteriza por obrar siempre por **substitución** (por ejemplo, a un *torero* lo llama *espada*, a un *chofer*, *timón*; etc.). Pero este rasgo substitutivo no es exclusivo de la metonimia pues, en general, ese carácter está en la naturaleza de todas las figuras retóricas (si las figuras no fueran substitutivas -algo ocupa el lugar de otra cosa-- no serían figuras, serían sólo expresiones literales). El padre que dirige una mirada de reconvención a un niño acompañada de la frase "¡Qué bonito, ¿no?!" queriendo decirle que no, justamente, que no es "bonito", que es incorrecto lo que ha hecho (substituye *incorrecto* por *bonito*, así como la metonimia *espada* ha substituido a *torero* por ese nuevo término), está utilizando una figura retórica llamada *ironía*, también substitutiva. Que sea una expresión substitutiva no significa que sea forzosamente metonímica pues, como lo hemos dicho, la substitución no es privativa del ejercicio metonímico sino extensiva a la totalidad de las figuras.

Tampoco la **arbitrariedad** de la metonimia podría servir para identificarla pues ese carácter es propio ya no sólo de las figuras retóricas en general sino uno de los elementos de identidad del lenguaje, como de manera concluyente lo expuso Ferdinand de Saussure en su *Curso de Lingüística General* (no hay relación necesaria entre significante y significado, hay sólo arbitrariedad; no hay ninguna necesidad entre el término *árbol* y el concepto *árbol* puesto que su vínculo es cultural). Nada une necesariamente la metonimia *espada* a la palabra *torero*: la atribución del nexo es puramente contingente, cultural, revocable (como lo podría probar, por ejemplo hipotético, la inexistencia de esa metonimia en un país donde la tauromaquia sea un dato cultural desconocido, exótico o brumósísimo: en Nepal, digamos. Habría que hacer un encomiable esfuerzo de humor para imaginar a los monjes de un lamasterio discutiendo en los elevados y serenos contrafuertes del Himalaya acerca del *espada* César Rincón).

Si ni la substitución ni la arbitrariedad, así sean necesarias, bastan para establecer la identidad de la metonimia, habría que preguntarse por los rasgos adicionales, otros, que harían la diferencia y permitirían entonces distinguir a la metonimia de las otras figuras de la retórica. Es probable que esa diferencia radique en la **adyacencia** y en la **eliminación de los conectores lógicos**. Pues la metonimia, de una parte, siempre funciona por adyacencia, por yuxtaposición, por contigüidad, sea material, sea conceptual. En otras palabras, dos objetos o dos vocablos o dos elementos distintos pueden ser yuxtapuestos, y esa vecindad origina tensiones nuevas, provocadas por una circulación desconocida de fuerzas anteriormente inexistentes. Cuando los surrealistas definen la poesía como "el encuentro al azar de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disección", ponen en marcha una metonimia al asociar por adyacencia tres objetos radicalmente diferentes (un paraguas, una máquina de coser y una mesa de disección). El intercambio de sentidos de esos términos relacionados por la voluntad de un ser humano, condenados sin embargo en la vida cotidiana a mantener entre sí una distancia juzgada "normal" (toda cercanía entre ellos sería subversiva), da nacimiento a significaciones hasta entonces desconocidas. Dicho sea al pasar, tal es la naturaleza de la poesía, tal su inextinguible vigor, tal la fuente de su eterna juventud. Ahora bien, esa adyacencia puede ser ya no material, como en lo que hemos visto, sino conceptual. Así, por ejemplo, el núcleo de significación de la palabra *torero* se encuentra cerca del núcleo significativo de la palabra *espada* puesto que la espada es el instrumento de trabajo del torero (de la misma manera que el *timón* es lo que justifica que exista un *chofer*). Esta adyacencia conceptual facilita, de alguna manera, la emergencia del vínculo metonímico entre los dos términos.

De otra parte, la eliminación de los conectores lógicos podría ser una consecuencia de la prevalencia de la adyacencia como forma de relación dominante entre los términos o los objetos asociados en metonimia. Marshall McLuhan era proclive a la eliminación de los conectores entre los párrafos con el objeto de implicar más al lector en la tarea de construir el texto puesto que, de alguna manera, su inexistencia lo obligaba a establecerlos para recuperar la superficie plácida de la argumentación, que es el encadenamiento lógico. La letra de una hermosísima canción de Antonio Carlos Jobim ("Aguas de Março") está hecha a pura metonimia ("Pan Piedra Fin Camino Pez Zoca Son las aguas de marzo cerrando el verano La promesa de vida en tu corazón Pan Piedra Fin Camino Pez Zoca"). ¿Pues qué relación, si no es la yuxtaposición desnuda, hay entre el pan, la piedra, el fin, el camino, el pez, la zoca, y todos estos términos puestos allí como planetas sueltos en una galaxia sin centro solar con las aguas de marzo cerrando el verano y con la promesa de vida en tu corazón<sup>5</sup>?

Los dispositivos que activa la Metonimia se desarrollan por fuera de la lógica, si entendemos por ello mecanismos que no obedecen a un "encadenamiento coherente de las ideas", como lo proclama una de sus definiciones, o el respeto riguroso a unas normas argumentativas y a unas estructuras de comunicación previamente aceptadas, fijadas y convenidas por la sociedad. A una casa cuya fachada exhibe signos nocturnos inequívocos debe corresponder *lógicamente* un cielo de noche, y no, como ocurre en ciertos cuadros de René Magritte, firmamentos diáfanos y despejados; un paraguas no tiene una relación *lógica* con una máquina de coser, como tampoco estos dos objetos tienen por que encontrarse *lógicamente* sobre una mesa de disección puesto que sobre una mesa de éstas *lógicamente* hay pinzas, bisturís, en fin. Las plantas que contienen componentes narcóticos (hongos, peyote, yagué, marihuana, coca, etc.), desencadenan en sus consumidores, como lo relata Wade Davis en su extraordinario libro *El Río*, visiones *ilógicas*, cuyo sentido solamente se alcanza reconociendo su naturaleza típicamente metonímica: "El cielo se abrió. Una bóveda del azul más profundo se tornó negra y con pequeños cristales de luz encendiéndose en todas partes. Miré hacia abajo, y vi que la tierra ocre se retiraba. Volábamos atados a las alas de los pájaros, atravesamos el espacio en el vacío, sobrevolando tierras de arena púrpura y ríos de cristales que fluían hacia el mar. Del desierto surgían formas, castillos y templos, lagartijas enormes sobre dunas, figuras totémicas dibujadas en la arena, semejanzas apenas de cosas conocidas. Volando ante la agreste faz de las montañas, sentíamos el toque de las nubes en las plumas, plumas que nos habían salido de la piel. Ojos de halcón. El viento nos llevaba lejos hacia el cielo nocturno y más allá de las estrellas dispersas. Nada que temer. De pronto llegó una voz desde abajo. Un pozo de oscuridad. La cara pálida de un niño sonriente. Me di vuelta y ví un ave de rapiña que planeaba en el cielo matinal, apuntando su pico hacia el centro del sol. No se oía nada, salvo la imagen de un ave que se remontaba hacia el olvido."<sup>6</sup> La indumentaria ritual de los indígenas, que a individuos de otras culturas les parece extraña (por decir lo menos) es, en el fondo, una escritura vestimentaria metonímica que se traza imitando las visiones también metonímicas que perciben en los momentos intensos de comunicación con las sagradas y poderosas fuerzas de la naturaleza: plumas multicolores, huesos, colmillos, pinturas, bastones, collares, etc. Los indígenas se visten como se ven en sus visiones metonímicas.

Los ejemplos artísticos donde predomina la metonimia de manera más categórica podrían ser las obras ejecutadas por los surrealistas, en las que la adyacencia estaba facilitada por la asociación libre de las ideas y la participación plena del inconsciente, cuyo funcionamiento, igual que el de los sueños y el de los discursos esquizofrénicos, está gobernado por fuerzas no lógicas. Pero podrían mencionarse también las novelas

Ulises y Finnegans Wake, de James Joyce, Rayuela, de Julio Cortázar y, en cierta medida, El Otoño del Patriarca, de Gabriel García Márquez, obras, sobre todo la segunda de Joyce, en las que una frase o una palabra conducen a otras sin que exista entre ellas ni una causalidad ni una explicación, al menos no de manera manifiesta. Es posible, sí, que se encuentren conectadas por profundas corrientes subterráneas cuya visibilidad a los ojos lógicos se hallen ocultas. Porque la metonimia no se preocupa ni de la causalidad ni de la explicación: una cosa no aparece como consecuencia de otra, ni nada es un antecedente lógico de algún consecuente: simplemente emerge allí al lado de otras, se instala allí, rodeada de un halo de aparente gratuidad, y las fuerzas de la vecindad comienzan a operar para producir nuevas tensiones y nuevas significaciones.

En la adyacencia no hay ni siquiera fricciones tangenciales. Una cosa se encuentra al lado de la otra, y la distancia, por mínima que sea, las separa con un abismo, que puede ser infinitamente pequeño. Todo en la metonimia es fragmentación. Por ello no hay linealidad sino simultaneidad, coexistencia.

¿No es todo lo anterior, en rigor, también una referencia inequívoca a la pantalla televisiva, en particular cuando se trata de describir un noticiero? En el momento discursivo extraordinariamente espeso de las informaciones televisivas, la pantalla es un mosaico móvil de lenguajes diversos que, en su entrecruzamiento, crean algo así como fuerzas magnéticas que electrizan y densifican el campo de la significación: textos leídos por presentadores, textos para ser leídos por los espectadores, imágenes de todo tipo (móviles, fijas, gráficos, mapas), música, colores, vestimentas, elementos proxémicos, gestualidades, cuerpos maduros, cuerpos deseables, cuerpos sanos, activos, bronceados, voces en *off*, luces, ángulos de las cámaras, pantallas de fondo, *sets*, equipos, aspectos particulares y actitudes variadísimas de los presentadores, de los reporteros... Todos esos elementos se ofrecen simultáneamente a la percepción de los espectadores y entre ellos no hay vínculos lineales sino entrecruzamiento azimutal metonímico, pero concurren, en un solo haz, a conferir verosimilitud a las informaciones que el noticiero entrega. Pues, por ser metonímica la relación entre todos ellos, el carácter considerado serio del vestido de un presentador es trasladado metonímicamente a la información que él nos presenta: la información, sin importar su naturaleza, es considerada entonces seria; lo urgido del flujo de la voz del presentador y de una música grave es endosado metonímicamente al supuesto carácter urgente de la información; la aparición de una información en el primer bloque del noticiero produce la idea de que ella es, "naturalmente", más importante que las posteriores (y ni qué decir de las que ni siquiera son publicadas). Pero no hay nada en la naturaleza del vestido, en la urgencia de la voz y en la gravedad de la música, o en el orden de aparición, para tomar los casos hipotéticos aleatoriamente citados, que legitime el traslado de los valores atribuidos a esos aspectos a la información que es presentada. Esa transferencia se da metonímicamente, de acuerdo al mismo mecanismo que, a su escala, permite reemplazar la palabra *torero* por la palabra *espada*.

Que sea tan evidente en la televisión este despliegue de lenguajes disímiles no significa que lo sea menos en discursos radiales o de prensa escrita; sólo que los elementos que entran en juego en estos otros medios son en su mayoría distintos, propios de sus lenguajes, aunque, sí, regidos por los mismos dispositivos metonímicos y la misma pretensión de verosimilitud señalada en los discursos informativos de televisión. Quizás lo que hace más llamativa la metonimia en los discursos televisivos sea la gran diversidad de materias significantes a través de las cuales ella se materializa, y, por lo tanto, la mayor complejidad que la caracteriza.

Si no se cediera a la seducción metonímica, y el consumidor de informaciones no concediera validez a lo consumido sólo porque frente a sus ojos se ha representado esta especie de truco mágico gracias al cual se hace ver una cosa mostrando otra<sup>7</sup>, podría entenderse que medios menos aparatosos informan de manera más verdadera que otros cuya ostentación tecnológica deslumbra y enceguece. No he dicho que informen más verosímilmente sino más verdaderamente: lo que dicen es verdadero (aunque, como ya ha sido dicho, esta verdad puede parecer inverosímil y, por lo tanto, puede parecer falsa).

Sí, la maquinaria metonímica se pone en marcha para que las informaciones produzcan un efecto de verosimilitud; pero no hay que olvidar que la verosimilitud es apenas una primera batalla en el desarrollo de una compleja y sangrienta guerra de representaciones sociales cuyos vencedores son condecorados, ¡ay!, con la razón política<sup>8</sup>.

.....

#### NOTAS

(1) Pierre Fontanier (*Les Figures du Discours*, Flammarion, Paris, 1977) define la metonimia como "la designación de un objeto por el nombre de otro que constituye como él un todo absolutamente aparte, pero al que debe o quien le debe en mayor o menor grado ya sea por su existencia o por su manera de ser. (...) Se les llama metonimias, es decir, cambios de nombres, o nombres por otros nombres" (p. 79). Evoco esta definición por el peso de la autoridad de su autor, cuya obra, publicada originalmente en dos partes (1821 y 1827), según el criterio de Gérard Genette en la introducción de la edición citada, "puede ser considerada como el punto de llegada de toda la retórica francesa, su monumento más representativo y más acabado.." (p. 5).

(2) Hay que señalar de paso la ignorancia exhibida por aquellos que amalgaman retórica y mentira, o retórica y ligereza (al decir "eso es pura retórica" quieren significar que se trata de palabras huecas). Estos idiotas intransformables están blindados al hecho evidente de que su propio lenguaje es un entramado de figuras; además, desconocen que la retórica es una disciplina cuyo prestigio se ha venido construyendo a lo largo de más de veinticinco siglos.

(3) Como toda frase entrada en la leyenda, su existencia prescinde de la obra en donde ha nacido y le sobrevive. Sabemos que el libro se llama *Traité des Tropes*, que fue publicado en 1730, y que, antes de Fontanier, era la referencia obligada en los estudios retóricos.

(4) Entiendo por "complejo" un lenguaje que, como el televisivo, está constituido por la convergencia de lenguajes de diversa naturaleza pero cuyo análisis no podría ser adelantado considerándolo un agregado mecánico de lenguajes (lo que autorizaría a analizarlos uno por uno, como si su coexistencia no los interdeterminara) sino como un lenguaje mestizo y de nueva estirpe (que plantea un objeto unitario y un análisis igualmente unitario).

(5) Los aspectos relativos a la *substitución* pueden ser desarrollados de manera más amplia en Gérard Genette, *Figures III*, Seuil, Paris, 1972, en particular en los capítulos titulados "La Rhétorique restreinte" y "Métonymie chez Proust"; los relativos a la *adyacencia* en Roman Jakobson ("Deux aspects du langage et deux types d'aphasie" in *Essais de linguistique générale*. Éditions de minuit, Paris, 1963). Un excelente trabajo comparativo entre la metonimia y la metáfora se encuentra en el libro de Michel Le Guern titulado *La metáfora y la metonimia*, publicado por Cátedra, Madrid, 1985.

(6) DAVIS, Wade. *El Río*. Banco de la República y El Ancora Editores, Bogotá, 2001, p. 542

(7) Si se mira con cuidado, hay en la metonimia algo muy parecido a la prestidigitación: un sombrero vacío se convierte (es substituído) en un sombrero lleno de conejos; mientras se muestra una cosa, se oculta otra.

(8) Para una mejor comprensión del concepto de metonimia en el contexto de la historia de la retórica, consultar el texto de Roland Barthes llamado "L'ancienne rhétorique. Aide mémoire" in Communications 16, Seuil, Paris, 1970. Hay traducción al castellano: "La retórica antigua. Prontuario", que se encuentra en *La aventura semiológica*, Paidós, Barcelona, 1990.

#### BIBLIOGRAFIA

Aquien, Michèle y Georges Molinié. Dictionnaire de rhétorique et de poétique. Librairie Générale Française, Paris, 1996.

Barthes, Roland. L'ancienne rhétorique. Aide mémoire. Communications 16. Seuil, Paris, 1970.

Davis, Wade. El Río. Banco de la República y El Ancora editores, Bogotá, 2001.

Fontanier, Pierre. Les Figures du Discours. Flammarion, Paris, 1977.

Genette, Gérard. Figures III. Seuil, Paris, 1972.

Jakobson, Roman. «Deux aspects du langage et deux types d'aphasie» in Essais de Linguistique Générale. Editions de minuit, Paris, 1963.

Le Guern, Michel. La metáfora y la metonimia. Cátedra, Madrid, 1985.